CINCO PALOMAS TEÑIDAS DE ROJO

por Alberto S. Insúa

No lo saben, pero muy cerca de ellas se encuentra un cerebro enfermo en cuyo interior ha saltado una chispa y un círculo rojo ha comenzado a girar vertiginosamente.

Eran cinco. Cinco chicas jóvenes a las que el azar había reunido en un pequeño apartamento compartido. Cinco chicas con sus estudios, con sus trabajos, con sus novios, con sus ligues, con sus peleas producto de la vida en común. Cinco palomas blancas en el laberinto gris de la gran ciudad. Cinco palomas a punto de teñirse de rojo entre las uñas de un gavilán.

MARTA

¡Feliz cumpleaños, Marta! Mira, te hemos comprado un regalo, anda, pruébatelo. Y tú te pruebas el traje blanco que tanto te gusta, y giras una vez y otra haciéndolo revolar. ¡Qué guapa eres Marta!, la más guapa de todas. No es extraño que los hombres se vuelvan locos por ti, empezando por Carlos, tu novio, y siguiendo por los otros, por tus mil y un amigos con los que te ves a escondidas cuando Carlos está de viaje, por cuenta de la empresa. Tú les gustas a ellos, pero también ellos te gustan a ti, pequeña devoradora de hombres. Miras de nuevo el traje, sonríes y vas dando beso tras beso en prueba de gratitud. El primero a Naida, tan dulce, tan pequeña, el siguiente a Mónica, tan guapa y tan hombruna, tan enamorada de Naida sin saberlo, luego a Laura, tan seria y tan fea, con su cara de maestra de escuela, de virgen que se empieza a resecar, y finalmente a Silvia, tan universitaria y tan suficiente. A los chicos no los besas. ¡Menudas se pondrán Laura y Silvia! Y tú ya tienes bastantes problemas para ligar con Jorge o con Ricardo.

¿A bailar esta noche? ¡Estupendo! Y en seguida llamas a unos amigos. Sería el colmo guardar ausencias a Carlos el día de tu cumpleaños. Y hay que buscarles pareja a Naida y a Mónica que la una por tímida y la otra por rara no tienen quien les diga «esos ojitos tienes».

¡Una tarta con veinticinco velas, y en plena discoteca! Desde luego, tenéis unas ideas… Pero confieso que me hace ilusión. Sois un encanto, venga, vamos a encenderlas. Tendremos que pedirle platos al camarero, y un cuchillo para cortarla.

¡Venga, Marta, sopla! ¡Así, muy bien, todas de un golpe! Oye, si quieren reírse que se rían. En las discotecas se ve de todo. Hay quienes vienen vestidos de novios. Sí, venga, vamos a bailar que a mí me gustan los lentos.

Sales a la pista y Angel te abraza. Tú rodeas su cuello con tus brazos y llega el primer beso y luego otro. ¡Si las otras se enfadan es pura envidia! ¡La vida hay que vivirla y no consumirse como la puritana de Laura! ¡Bésame, Angel, bésame mucho! Y él te besa, y tú le besas, pero alguien te mira. ¡Cuidado, Marta, ten mucho cuidado! Tú no sabes que cerca de ti, a tu lado, hay un ser humano que no es normal, un cerebro enfermo en cuyo interior ha saltado una chispa, y un círculo rojo ha comenzado a girar. Alguien que de pequeño ha visto a una pareja besarse y hacerse el amor, con los ojos desorbitados por el

miedo y la sorpresa. ¡Qué brutal puede ser el amor visto por ojos infantiles! Un abrazo puede ser una lucha a muerte, un gemido de placer, un grito de agonía. Y en el cerebro enfermo hay un niño que se encoge de miedo, sorprendido, mientras aquella mujer le amenaza con unas tijeras. Son para cortarte la lengua, si dices algo…

¡Baila, Marta, baila! ¡Y besa! Porque este será tu último baile, tu último beso; y deja que tu vestido blanco revolotee como se agitan las plumas blancas de las alas de una paloma blanca. Si miras a la mesa, verás que el cuchillo ya no está allí. Está oculto, aguardando para hundirse en tu carne.

Ahora han cambiado las luces y la música. ¡Qué bonito! ¡Rock mermelada! ¡A girar sueltos, todos juntos! Y ahora las luces se apagan, y los tubos de descarga lanzan flashes, unos tras otros, y el vestido blanco se torna morado iridiscente, mientras tus amigos se mueven de forma entrecortada, como figuras saltarinas de un celuloide rancio.

Hay un relámpago de una hoja brillante, entre dos flashes, cortando la oscuridad; y tú Marta sientes una punzada que te desgarra las entrañas, mientras tu sonrisa se congela, y una bocanada de sangre roja se escapa por los labios abiertos de la herida tiñendo de sangre el blanco vestido de tu cumpleaños; escuchas el grito de terror de Naida, mientras te mueres a chorros, y luego, eres incapaz de reconocer los otros gritos y te vas derrumbando, por tiempos, mientras la luz se enciende y se apaga, y te precipitas en un pozo negro sin fondo, y…

SILVIA

¡Te quiero, Silvia, te quiero! ¡Sí, amor, ahora! Acabas de desfallecer, y cuando vuelves hay un último beso, un último abrazo; y Ricardo se desliza, te abandona, se tumba a tu lado jadeante, con los ojos cerrados; y entonces la imagen de Marta vuelva: han pasado varios meses y no se sabe nada, ¡pobre Marta! ¿quién será el canalla qué… ?, pero es mejor no pensar en eso, mañana tengo un examen y dos temas en blanco, no me va a dar tiempo, Hegel y la Filosofía del Derecho y El concepto del tiempo y el espacio en Jaspers, ¡casi nada!, sólo falta que aparezca Mónica y se ponga como una fiera, ¡menuda es!; y saltas de la cama, desnuda como estás, y te pones tu bata blanca, mientras miras a Ricardo; siempre pasa lo mismo, se empeña y lo consigue, y le odias un poco, sin dejar de amarle. El lo comprende, se levanta y empieza a vestirse…

Silvia y Ricardo, Ricardo y Silvia. ¿No habéis oído la puerta abrirse suavemente? ¿No habéis visto los ojos asustados que os observaban? Muy cerca de vosotros hay un cerebro enfermo, y en su interior un círculo rojo girando, cada vez más deprisa. Hay una mano que se cierra sobre la empuñadura de un abrecartas de hoja plateada, fino como un estilete.

No te vayas, Ricardo, no te vayas. No beses a Silvia junto a la puerta de entrada, porque ese será tu último beso. Pero ya estás bajando las escaleras, mientras ella cierra la puerta. ¡Abrela de nuevo, Silvia, ábrela! ¡Corre, baja las escaleras, vete con él! O al menos, ¡grita!, para que pueda oírte.

Pero todo es inútil, Silvia. Has vuelto a tu cuarto y te miras al espejo. Admiras tu belleza, e incluso abres la bata: contemplas tu cuerpo desnudo, turgente y satisfecho por el amor. ¡Cuán poco sabes que esa belleza está a punto de sucumbir, que dentro de un momento sólo será un montón de carne rota!

Ahora entra, y tú te vuelves sorprendida, luego sonríes y exclamas: ¡Ah, estabas ahí, no te oí entrar... ! Es una persona que tú conoces. Pero, ¿no notas que sus ojos son distintos? Hay un brillo especial en sus pupilas que debía hacerte sospechar. ¡Retrocede, Silvia! ¡Defiéndete al menos! Pero ya es tarde. Tu boca se ha abierto, y una rosa roja de sangre y espuma te sube de los pulmones, para abrirse en tus labios y deshojarse cubriendo con pétalos de sangre el blanco de tu cuerpo y de tu bata, tiñendo de rojo tu plumaje de paloma abatida; ahora arrancas de tu pecho el abrecartas y vas cayendo al suelo, hasta quedar inmóvil, sin oír el grito de tu asesino, cuyo cerebro ha vuelto a ser normal, después de alterar el tiempo: creyendo que en un segundo ha subido las

escaleras, ha abierto la puerta, y ha descubierto tu cuerpo caído. Pero tú, Silvia, ya no puedes oírle mientras chilla enloquecido de terror...

LAURA, NAIDA Y MONICA

No, no creo que pasemos mucho tiempo solas, Jorge me ha dicho que vendría esta noche, con Ricardo. ¡Pobrecillo, después de lo de Silvia, no levanta cabeza! Ha sido muy amable trayéndonos a este chalet, yo ya no soportaba la ciudad, aquí al menos tendremos tranquilidad...

Sí, muy amable. Parecéis tontas, lo que pasa es que está enamorado de ti, sí, Naida, no pongas esa cara.

¡Por favor, Mónica, cómo eres, piensas unas cosas...!

Sí, eres bastante malpensada. EL pobre está solo. Es lógico que busque cariño, pero de eso a lo que tú dices...

Mirad, no tengo ganas de discutir. Vamos a preparar la cena. Con las prisas no hemos traído nada. Mañana tendremos que bajar al pueblo.

Hay huevos y podemos abrir unas latas. Esta de guisantes. Abrela tú, Mónica, que te das más maña. Me gustaría contaros una cosa. Espero que me comprendáis. De Naida ya lo sé, pero tú a lo mejor te enfadas. Lo de Marta y Silvia me ha abierto los ojos. La vida hay que vivirla. Jorge me quiere, de eso estoy segura. Me lo ha pedido muchas veces, y yo siempre me he negado, pero ahora... Esta noche, cuando venga, pienso decirle que sí, que yo tampoco quiero esperar más. Tal como están las cosas no pedemos casarnos. ¡Y vete a saber cuando van a convocar las oposiciones! Así que...

¿Te has cortado? Sí mira, es bastante profundo, lávate en seguida. Sangra mucho. Voy arriba, por alcohol y una venda. Y en la mano derecha, también es mala pata.

No importa, yo con la izquierda me apaño, soy miedo zurda, ya lo sabes. La culpa la tiene ese maldito abrelatas que se escurre, y tú también, Laura, que me has puesto nerviosa con esa historia estúpida. ¡A mí que me cuentas, haz lo que te dé la gana, que ya eres mayorcita! Subo contigo, Naida.

Sí, ha sido una estupidez contarlo, sabía que te ibas a enfadar. Pero a alguien se lo tenía que decir. Venga, subid pronto, y véndale la mano fuerte, para que no sangre. No tardéis mucho, que no me gusta quedarme sola...

Sí, Laura, ha sido una estupidez contarlo. Una trágico error. Porque lo que ha sucedido con Marta y con Silvia se puede repetir. Tus palabras, Laura, han puesto de nuevo en funcionamiento ese círculo rojo que gira invisible, cada vez más deprisa. Y a ese círculo gris dentro del cerebro enfermo se han unido dos círculos rojos de dos heridas abiertas manando sangre, haciendo saltar millones de conexiones y recombinándolas peligrosamente. Es la locura que crece. La muerte, Laura, tu propia muerte, no se hará esperar.

LAURA Y NAIDA

¿Ya la has curado? No será nada. Siento que se haya enfadado. Tú me comprendes, ¿verdad? Como siempre no dices nada. Es mejor que se quede arriba y descanse un poco. Yo también voy a subir. Es pronto todavía para preparar la cena. Quiero arreglarme para Jorge, quiero ponerme guapa. Tú deberías hacer lo mismo, aunque a ti no te hace falta. Eres mucho más guapa que yo. Es posible que Mónica tenga razón, y Ricardo se esté empezando a enamorar de ti...

¡Cállate, Laura, por favor, cállate!

... pero eso no tiene nada de malo. A Silvia no le hubiera importado. Ricardo te necesita. Y tú te lo mereces todo. No hagas caso de Mónica. Es un poco rara, tú ya me entiendes. Y ese amor que te tiene, bueno, no es normal...

¡Por favor, Laura, por favor!

Está bien, me subo, los chicos deben estar al llegar.

Y tú, Naida te quedas sola en la planta baja del chalet, mirando con ojos fijos las llamas que se elevan y el humo que asciende por la chimenea; mientras tu cerebro de vueltas: no, no es verdad que Ricardo se haya enamorado de mí, eso son cosas de Laura y de Mónica, yo Ricardo le quiero, pero eso es otra cosa, y si él me pidiera que hiciera eso con él, yo... no quiero hacerle daño, no, no quiero, tengo que dejar de pensar en eso, pero si él me abrazara... no se qué me pasa que todo empieza a darme vueltas. Laura, Mónica, bajad, por favor, no me dejéis sola. Voy a subir, tengo que subir...

Estás al pie de la escalera, parada, inmóvil, frente al primer escalón; y Laura está arriba, arreglándose, frente al espejo del cuarto de baño. Ha abierto el neceser y se embadurna la cara de crema base. Está desnuda y su piel es muy blanca, sus senos blancos, rematados en rosa, que comienzan a ajarse, se mueven sin control. Ahora, su piel se oscurece por efecto del maquillaje, se enrojecen sus mejillas con el colorete, y sus ojos se agrandan con el lápiz y la sombra azulada, mientras sus pestañas se alargan con rimel. Un ligero toque de carmín, que endurece los labios; y al volverse, el neceser cae al suelo derramando su contenido, mientras el pequeño espejo sujeto a la tapa se rompe y sus fragmentos se esparcen por el suelo.

¡Se ha roto, qué mala pata! Y, encima, trae mala suerte! Ahora Laura, tú te agachas y metes en el neceser, de cualquier forma, los mil y un cachivaches con los que realzas tu escasa belleza; luego comienzas a recoger los trozos de espejo, poniendo en ello el máximo cuidado. Estando agachada, ves su mano que sostiene el mayor de ellos, fino y alargado como la hoja de una navaja. Tienes un pequeño sobresalto; pero en seguida sonríes, mientras te incorporas.

Me has asustado. No te oí entrar. Déjalo, no te vayas a cortar. Pero, ¿qué haces? ¡No...!

¡Corre, Naida, corre! ¡Sube las escaleras! ¿Qué haces parada ahí? Vamos, empieza a subir, ¡de prisa, por favor!

Subes el primer escalón lentamente, como flotando, y hay un reflejo de muerte e el trozo de espejo que corta el aire para hundirse en la cara de Laura, saltas al segundo y el cristal saja el pecho derecho, subes el tercero mientras el seno izquierdo se cubre de sangre; sigues subiendo, y al hacerlo, cada escalón es un corte nuevo, un grano de vida que se escapa en el vidrio del cuchillo que refleja la cara de horror de Laura, el vientre transpasado de Laura, su cuello seccionado con los dos ríos de la yugular y la carótida; esa escalera que nunca se acaba son solo catorce escalones, catorce cortes, hasta que el cuerpo de Laura se derrumba sangrando por catorce heridas y el trozo de espejo se hace mil añicos contra el suelo...

Chilla, Naida, chilla todo lo que quieras ahora que has visto el cadáver caído en el suelo, nadando en su propia sangre. Corre si quieres, baja las escaleras de forma vertiginosa tratando de ponerte a salvo, pero el horror no ha terminado, no puede terminar.

NAIDA

Corres como loca por la planta baja, atrancas la puerta, cierras las ventanas, buscas en la cocina vacía, giras llaves y corres cerrojos en la puerta trasera, entras en el salón vacío volviéndote a cada paso, muerta de miedo, esperando que en cualquier momento la misma mano asesina que ha segado la vida de tus amigas se abata sobre ti. Sales al halla también vacío, y al llegar al pie de las escaleras, recuerdas que Mónica está arriba, que corre peligro como tú, y vas a llamarla pero, antes de que el grito salga de tus labios, comprendes que estáis las dos solas, que no hay nadie más, y que ella...

Has visto las tijeras caídas al pie de la escalera. Unas tijeras grandes, de hojas plateadas, manchas de sangre. Tienes que defenderte, Naida, ¡vamos, cójelas!, así, apriétalas con fuerza en tu mano derecha.

¿Por qué subes la escalera, Naida? Ella está arriba, esperándote. Cada escalón de los catorce, es un paso que das hacia la muerte.

Has llegado al final de la escalera y escuchas el silencio, roto por la gota de agua que cae en el baño, por tus pasos lentos que hacen crujir la madera del suelo, por el chirrido de la puerta que ahora abres que te permite ver la habitación vacía que no ha de conocer nunca

el primer amor de Jorge y Laura, por el segundo chirrido de la puerta del cuarto de Ricardo, ese cuarto también vacío en el que tú misma hubieras podido abrirte al amor.

Retrocede, Naida. No, no abras la tercera puerta. Ricardo te ama. Está a punto de llegar. Baja y espérale.

NAIDA Y MONICA

Pero has abierto la tercera puerta, y al fondo del cuarto, en la penumbra está Mónica esperándote. Lleva tu misma camisa blanca, tus mismos pantalones blancos. Su mano derecha, herida, cuelga inmóvil goteando sangre. Pero en la izquierda sostiene, como tú, unas tijeras.

¿Te has vuelto loca, Naida? ¿Por qué avanzas? Sal del cuarto, atranca la puerta y corre escaleras abajo. No des un paso más.

Pero sigues hacia delante; Mónica está ahí, aguardando, cada vez más cerca, y como tú, levanta las tijeras apuntando a tu vientre. Vamos, Naida, chilla, dile algo que la haga desistir.

¡Estás muerta, Mónica, estás muerta ahí detrás, en el armario! ¡Me decías cosas horribles!

... ¡Qué rara eres, Naida, qué rara eres! Más rara que yo que te quiero, que te he querido siempre, que daría mi vida por tenerte entre mis brazos. Mi vida, Naida, sí, no exagero. Por ti no me importa nada, no quiero que me expliques nada. Lo sé todo y no me importa, lo de Marta, lo de Silvia. Vámonos juntas, donde sea. Corta la venda y deja esas tijeras, me estás poniendo nerviosa.

¡Mentira, Mónica, mentira! ¡Tú tienes las tijeras y me quieres matar! ¡Quieres clavármelas en el vientre, cortarme la lengua! ¡Estás celosa porque Ricardo me quiere, porque sabes que yo también le quiero!

Has seguido avanzando hasta que las puntas de las dos tijeras se han unido y has escuchado el chirrido del metal resbalando sobre el cristal del espejo del armario. Ese armario que guarda el cuerpo ya frío de Mónica con su vientre desgarrado por las tijeras; como se desgarra ahora el tuyo cuando tu mano gira y te clavas las que tienes en la mano. Tus ojos, al contraerse por el dolor, logran que la cara de Mónica se borre y ves tu único reflejo en el espejo. En ese momento, Naida, lo comprendes todo, que tú las has matado a todas, que quieres a Ricardo y que por eso te clavas las tijeras, para no hacerle daño. Escuchas su voz y la de Jorge golpeando la puerta, llamándolas a las tres, mientras tus piernas flaquean y, poro a poco, tu cuerpo se desliza manchando de sangre el espejo, esa sangre que aflora en tus labios subiendo desde muy dentro.

Todavía tienes fuerzas para arrancarte las tijeras del vientre. Luego, ruedas al suelo. En tu mano derecha de paloma abatida teñida de rojo, las tijeras ensangrentadas parecen las uñas homicidas de un gavilán.